



ALEXANDRÓS (TRILOGÍA) -1998- de Valerio Massimo Manfredi

- 1. El hijo del sueño**
- 2. Las arenas de Amón**
- 3. El confín del mundo**

Andaba yo con mi Lord Jim casi acabado, dándole vueltas a ver cuál sería mi próximo libro. La profunda novela de Conrad había conseguido saturarme de cuestiones psicológicas y morales. Deseaba ahora algo más ligero, a ser posible, más allá del bien y del mal. Escruté infructuosamente los exiguos anaqueles de la biblioteca reservados a las lecturas pendientes: “Rayuela” –un laberinto inescrutable-, “Kim” –demasiado literario para el bus-, “El ruido y la furia” –imposible; yo también debo ser retrasado-, “La muerte de Artemio Cruz”, “...y la de Iván Ilich”-muy tristes-, “Pedro Páramo” – más muertes- a las cincuenta páginas todos se vuelven fantasmas, me acongojo y lo dejo-, “La dama de blanco”, “La piedra lunar” –geniales- pero sus páginas son infinitas, mientras que mi espacio y mi tiempo, limitados-...

Y de pronto, de vuelta a casa, la radio del coche anuncia una recomendación literaria, como una colonia por Navidad: “Alexandros”; una trilogía sobre la vida y obra de Alejandro Magno. El cronista decía: -Tres libritos de lectura muy ágil que de paso nos enseñan algo interesante; nada menos que la historia del mayor imperio de la humanidad.

Esto es lo que yo buscaba. Recuerdo en las estanterías un libro de color amarillo, con tapas duras, destacando entre las biografías. Allí estaba: El hijo del sueño. El primer volumen de Alexandros; sabía que le llegaría su hora.

El tal Valerio Massimo Manfredi, hasta ahora desconocido para mí, llegó a ser tras una pequeña indagación: licenciado en letras clásicas, especialista en topografía

antigua, eminente arqueólogo, y una especie de erudito del Mundo Antiguo, que, en lugar de coger la mochila en busca de huellas del pasado –a lo Indiana Jones-, decidió sentarse en su despacho y ponerse a escribir, convirtiéndose en uno de los más prolíficos escritores italianos de novela histórica. Así es que, al menos, este hombre sabe de lo que habla, que es mucho. Pues en este caso interesa la historia más que la calidad literaria.

La obra está muy bien escrita. Con una prosa sencilla y apropiada al tono del relato, sin un ápice de ampulosidad, como podría esperarse de la magnificencia del personaje y de la grandiosidad de los hechos narrados. No le negaré incluso algunos pasajes brillantes. Con lo cual nos damos por satisfechos. Pero el que busque literatura; se equivoca. El que pretenda, sin embargo, entretenerse y conocer, aunque sea superficialmente, la vida de uno de los personajes más interesantes y decisivos de la historia universal; habrá acertado. Digamos que es una narración novelada –“*ma non troppo*”- sobre la vida de Alejandro Magno.

El primer volumen: El hijo del sueño; es absorbente. Narra la vida y relaciones de sus padres, Olimpia y Filipo de Macedonia; el nacimiento de Alejandro, su infancia, las relaciones con sus amigos y con sus maestros: Leónidas y Aristóteles, que fueron sus educadores para la guerra y para la paz, sucesivamente. Entre ambos, con la intervención directa de los padres, lo convierten en un joven guerrero, fuerte y ambicioso, pero a la vez refinado y culto. Vivimos su primera gran batalla a los dieciocho años, acompañando a su padre como comandante de la caballería, en la batalla de Queronea (338 a. c.), contra una liga de ciudades-estado griegas –las polis-comandadas por Tebas y Atenas. Presenciamos la misteriosa muerte de Filipo II y su advenimiento al poder como sucesor del emergente reino de Macedonia. Y sus primeras armas como rey para disciplinar a los griegos sublevados, que creyeron debilitado un reino en manos de un joven de tan sólo veinte años.

Sin embargo, a pesar del relato de las trepidantes aventuras de la infancia en la corte de Pella, capital del reino, y de las de su padre, que sin duda jugó un papel trascendental en la formación del imperio alejandrino, y a pesar de las interesantes vivencias con su mentor, el filósofo Aristóteles, a los trece años de edad, en la apartada población de Mieza, nos quedamos esperando con ansiedad las grandes hazañas del héroe macedonio: la conquista de Asia.

Por fin en el segundo volumen comienza la expansión al Oriente con la batalla del río Gránico –véase *pintura al fresco de Le Brun*-, donde nuestro mítico personaje demostró desde el principio sus cualidades tácticas, su inteligencia y su valor –estuvo a punto de ser herido de muerte en su primera conquista-. Pues no olvidemos que Alejandro luchaba al frente de su ejército –no en la retaguardia, como los grandes generales de la posteridad, que dirigían a salvo a sus ejércitos-. Alexandre, como le llamaban sus congéneres, encabezaba los ataques personalmente, a lomos de su enorme caballo negro, Bucéfalo, enfundado en su ligera coraza y destacando con su yelmo dorado, que refulgía desde lejos, para intimidar al enemigo. Por supuesto siempre bien rodeado de sus mejores hombres; la guardia personal –los “*hetairoi*”; los compañeros a caballo del rey; junto a los “*asthetairoi*”; los compañeros a pie-, donde destacaba Hefestión, su inseparable “amigo”.

En la obra de Manfredi hallaremos una descripción bastante detallada de los componentes del invicto ejército macedónico, con especial seguimiento de sus comandantes, que fueron los hombres de confianza de su padre –Parmenio, Eumenes, Clito “el negro”,...- y sus propios compañeros de la infancia -Hefestión, Crátero, Nearco, Ptolomeo, Seleuco, Pérdicas, Leonato,...- , que por sí mismos constituyeron una de las claves de su éxito.

Conoceremos con rigor la famosa Falange Macedonia, la infantería pesada, que estaba compuesta principalmente por los *pezhetairoi* –*compañeros de a pie*-, que formaban en cuadros de dieciséis hombres por cada lado, portando las famosas “sarissas” (unas lanzas enormes de seis metros), y al resto del ejército macedonio: la caballería pesada y la caballería ligera, a la cabeza de la cual marchaba siempre el propio Alejandro. Entre ambas componían el yunque (la falange) y el martillo (la caballería); la táctica infalible del joven rey guerrero para aplastar al enemigo –donde él mismo dirigía en cabeza “la punta” de ese martillo-.

Después vendría ese mismo año la batalla de Mileto (334 a. c.), la de Issos (333 a. c.), el asedio de Tiro (332 a. c.), el de Gaza (332 a. c.) y la entrada en Egipto, que permitió el paso de los macedonios y se convirtió en su aliado contra los persas.

En el tercer volumen recorre parte del territorio egipcio a través del desierto y del río Nilo, fundando la monumental ciudad de Alejandría, hasta ser coronado en Memphis como Faraón de Egipto en noviembre del 332 a. c.

Continúa su periplo hacia Oriente a través de Damasco hasta las puertas de Mesopotamia, donde en una enorme planicie próxima a la aldea de Gaugamela, le espera un enorme ejército persa comandado por el gran Darío III, formado por 40.000 jinetes, un millón de soldados de infantería, 200 carros armados con guadañas y unos cuantos elefantes de guerra. Allí tendrá lugar una de las batallas más trascendentales de la historia en el año 331 a. c., que decidirá la hegemonía de todo el universo conocido.

Y tras derribar las puertas de Asia, la sometería de norte a sur, conquistando primero la milenaria ciudad de Babilonia, barriendo Persia y sus innumerables satrapías circundantes, llegando hasta la frontera de la India, en el confín del mundo, penetrando en ella y subyugando sus principales plazas sin sufrir una sola derrota. El último volumen también lo envuelve la sombra de la sospecha y de la traición. Resurgen viejas y nuevas conjuras y el descontento generalizado por una campaña sin fin aparente. Y finalmente la misteriosa muerte del joven rey. La obra se cierra con un breve repaso de la desmembración de su imperio al poco tiempo de su fallecimiento.

Posiblemente a los ya iniciados en este apasionante y apasionado personaje, pueda defraudarles la obra, porque a pesar de ser tres libros, el gran rey macedonio da para mucho más. Teniendo en cuenta además que esta no es ningún ensayo ni una biografía de tipo científico o histórico. Las narraciones de las batallas son bastante escuetas. A los que nos gusta el tema, echamos de menos algunos detalles, que será preciso indagar y profundizar por nuestra cuenta. Debemos tener en cuenta que se trata de una novela, que muchas escenas son imaginadas y los personajes no dejan de ser títeres de su autor, aunque no es Manfredi un escritor especialmente imaginativo precisamente, pues son raras las divagaciones de este, que trata de moverse siempre en terreno conocido.

Por otro lado, en una narración de tal extensión –hablamos de tres libros de más de 300 páginas cada uno; lo que nos da una obra de mil páginas más o menos- no sólo está la cuestión militar; hay mucho más. Tenemos una permanente relación con las mujeres: con su madre Olimpia, con sus esposas y concubinas. A las que no pudo dedicar nunca demasiado tiempo por sus quehaceres reales, pero de las que no quiso prescindir. Y además, la velada relación con otros hombres, sobre todo con su gran amigo Hefestión, su compañero de la infancia; pero también con algún eunuco, como, “por otra parte”, era frecuente en aquella época.

Alejandro fue un personaje excepcional, que, se inspiró en las tradiciones helenísticas y en el profundo conocimiento de la cultura clásica para orientar su propia vida, una vida de héroe o semidiós mitológico. Se dice que fue Aquiles, el vencedor de la Guerra de Troya, el personaje que lo inspiró y al que quiso emular siempre. Como él buscó afanosamente la gloria para su pueblo, para los suyos y para él mismo. Y a fe que lo consiguió, superando incluso las hazañas y la fama del propio héroe mitológico.

Fue un personaje de pasiones extremas, capaz de ser compasivo y tierno en ocasiones, pero firme, autoritario e impío en la guerra y en las cuestiones de estado.

Se le ha comparado con otros grandes conquistadores como Julio César, como Napoleón o como Hitler. Con ellos comparte las ansias de poder y con los dos primeros una gran inteligencia táctica en el campo de batalla, que les llevó a conseguir brillantes victorias y a anexionarse grandes territorios. Con Genghis Kan, que vivió nueve siglos antes, puede compartir incluso el haber luchado al frente de sus tropas, así como la enorme extensión de territorio conquistado, aunque al antiguo guerrero mongol le costó más de cuarenta años alcanzar su imperio y sólo trece a nuestro joven rey. Sin embargo, desde su propia época, Alejandro fue universalmente mitificado como alguien fuera de lo común en todos los sentidos, catalogado por sus coetáneos como un superhéroe, dotado de una inteligencia, brillantez y capacidad extraordinarias, más propias de un semidiós mitológico.

Aún hoy, que nos gusta tildar de sanguinarias y crueles las acciones de los dirigentes del pasado, y juzgar sus vidas por el rasero moral contemporáneo, nos llama la atención sobremanera la personalidad arrolladora del joven macedonio, plasmada en hechos míticos como la resolución del nudo Gordiano; en la desmesura de todos sus actos, en la grandiosidad de sus planes y de sus metas alcanzadas.

El sello de Alejandro Magno quedará para siempre en la geografía e historia universal. Quedarán repartidas por todo el Oriente próximo más de veinte ciudades con el nombre de su fundador, empezando por la primigenia Alejandría egipcia, sede de la más importante biblioteca de la humanidad y de una de las siete maravillas de la Antigüedad –el Faro de Alejandría–.

Quedará en la Historia sus hazañas y sus conquistas para siempre. Como para siempre permanecerá con todo merecimiento junto a su nombre su inseparable apelativo: “EL MAGNO”, el grande; ALEJANDRO MAGNO, ALEJANDRO “EL GRANDE”.

